

El grupo de la plaza

Marc, Elena, Rebeca, Pau, Emma, Anna y Aitana iban a la misma clase. Eran un grupo que casi siempre estaban juntos: reían, jugaban, compartían el desayuno y, muchas tardes, quedaban en la plaza del barrio, donde se lo pasaban en grande.

Una mañana, mientras la maestra escribía en la pizarra, algunos del grupo empezaron a hablar flojito entre ellos.

—¿Esta tarde quedamos en la plaza? —susurró Elena.

—¡Sí! Podemos llevar la pelota y jugar al escondite —dijo Emma.

—Yo vengo seguro —añadió Aitana.

Marc, Anna y Emma iban hablando emocionados, pero a Rebeca no le decían nada. Ella, que estaba sentada cerca, lo oía todo, pero nadie la miraba ni le preguntaba si también quería ir.

Rebeca notó una pinchadita dentro del pecho. No entendía lo que pasaba. Siempre habían quedado todos juntos. ¿Por qué ese día era diferente?

Sonó la campana del patio y todo el mundo salió corriendo al patio de la escuela. El grupo empezó a jugar, pero cuando Rebeca se acercó, uno de los niños le dijo:

—Queremos jugar sólo nosotros, pues hemos quedado juntos esta tarde.

Aquellas palabras se le cayeron encima como una piedra.

Rebeca se quedó quieta unos segundos. Se puso muy triste, pero aún así reunió fuerzas y preguntó, con voz suave:

—¿Puedo quedar con vosotros esta tarde?

Marc se encogió de hombros y le respondió:

—No sé, eso tienes que preguntarle a Pau, pero cómo no ha venido...

Rebeca no dijo nada más. Bajó la cabeza y se marchó hacia un rincón del patio. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y pasó el resto del rato sola, viendo cómo los demás jugaban y reían.

Aquella tarde, mientras la pandilla jugaba en la plaza, Rebeca se quedó en casa. No tenía ganas de hacer nada. Sólo pensaba en lo que había pasado y en lo feo que era sentirse invisible.

Al día siguiente, Pau volvió a la escuela. No había ido el día antes porque había estado enfermo. Cuando llegó, Rebeca fue a buscarle a la hora del patio.

—Pau, ¿vais a quedar hoy? —le preguntó.

—Sí, por supuesto —dijo él, sonriendo—. Y tú también estás superinvitada a venir.

Rebeca le miró sorprendida. Pau, al verle la cara, dejó de sonreír.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Por qué haces esa cara?

Rebeca, con los ojos llorosos, le contó todo lo ocurrido el día anterior. Le dijo que le habían dejado de lado, que no le habían dicho nada que quedar, y que en el patio le habían dejado claro que no la querían con ellos.

A medida que escuchaba, Pau se iba poniendo cada vez más serio.

—Eso no está bien —dijo finalmente, indignado—. Nunca deberían haber hecho esto.

Enseguida, Pau reunió a todo el grupo en el patio.

—Debemos hablar —dijo con voz firme.

Todos se miraron sin entender demasiado qué pasaba.

—Rebeca me ha explicado lo ocurrido ayer. La dejasteis sola, no la invitasteis y, encima, le dijisteis que no queríais jugar con ella.

Los demás bajaron la cabeza. De repente, la alegría de la mañana desapareció.

Emma fue la primera en hablar.

—No queríamos hacerle tanto daño…

Anna añadió:

—Sí… creo que no pensamos cómo se sentiría.

Elena miró a Rebeca y le dijo:

—Perdona. Lo hicimos muy mal.

Marc también dio un paso adelante.

—Tienes razón al estar enfadada. No deberíamos haberte dejado de lado.

Aitana, con voz flojita, dijo:

—Nos sabe mal, Rebeca.

Rebeca no respondió enseguida. Aún estaba triste, pero ver que al menos reconocían lo que habían hecho le alivió un poco el corazón.

Pau los miró a todos y dijo:

—Un grupo de verdad no deja a nadie fuera. Si quedamos, quedamos todos. Y si existe algún problema, se habla. Pero nadie debe sentirse apartado.

Todos asintieron en silencio.

Finalmente, Rebeca sonrió un poco.

—De acuerdo… pero no quiero que vuelva a suceder.

—No ocurrirá —dijeron todos casi a la vez.

Aquella tarde, la pandilla quedó toda entera en la plaza, como siempre deberían haber hecho. Jugaron, rieron y compartieron un buen rato juntos.

Pero ese día no fue como cualquier otro. Ese día aprendieron algo importante: que la amistad de verdad no deja a nadie atrás, y que a veces una disculpa sincera puede arreglar lo que parecía roto.

Y desde ese momento, cada vez que alguien proponía quedar, Pau lo recordaba muy fuerte:

—Todos quiere decir todos.

Y así, el grupo de la plaza continuó jugando, riendo y creciendo juntos, con más respeto, más cuidado y una amistad aún más fuerte.